

El avaro / El enfermo imaginario

Clásica
Teatro

MOLIÈRE

EL AVARO

EL ENFERMO
IMAGINARIO

Traducción y prólogo de Mauro Armiño



AUSTRAL

 Planeta

Acto primero

Escena primera

Valerio, Elisa

VALERIO.—Pero ¿qué motivo tenéis para esa melancolía, encantadora Elisa, después de las amables promesas que de vuestra fidelidad habéis tenido la bondad de darme? Os veo suspirar, ay, en medio de mi gozo. Decidme si acaso lamentáis haberme hecho feliz y si os arrepentís de este compromiso⁶ al que mi pasión ha podido obligaros.

ELISA.—No, Valerio, no puedo arrepentirme de todo lo que hago por vos. Me siento impulsada a ello por un poder demasiado dulce, y no tengo fuerza siquiera para desear que las cosas no ocurran de otra manera. Pero, a deciros verdad,

6. Promesa formal de matrimonio, escrita y firmada por Valerio y Elisa.

el resultado me llena de inquietud y temo mucho amaros algo más de lo que debiera.

VALERIO.—¿Cómo? ¿Qué podéis temer, Elisa, por las bondades que tenéis conmigo?

ELISA.—¡Ay! Cien cosas a la vez: la ira de mi padre, los reproches de toda una familia, las críticas de la gente; y más que nada, Valerio, que vuestro corazón se mude y esa frialdad criminal con que los de vuestro sexo pagan la mayoría de las veces los testimonios demasiado ardientes de un amor inocente.

VALERIO.—¡Ah, no me hagáis el agravio de juzgarme por los demás! Podéis sospechar de mí lo que queráis, Elisa, pero no de faltar a lo que os debo: os amo demasiado para eso, y mi amor por vos durará tanto como mi vida.

ELISA.—¡Ay, Valerio!, todos dicen lo mismo. Todos los hombres son iguales por las palabras, y tan sólo sus obras los muestran diferentes.

VALERIO.—Pues si sólo las obras demuestran lo que somos, esperad al menos a juzgar mi corazón por ellas, y no busquéis crímenes en los injustos temores de una prevención enojosa. No me asinéis, os ruego, con los sensibles golpes de una sospecha ultrajante, y dadme tiempo para convenceros, con mil y una pruebas, de la honestidad de mi amor.

ELISA.—¡Ay! ¡Con qué facilidad nos dejamos persuadir por las personas que amamos! Sí, Valerio, considero vuestro corazón incapaz de engañarme. Creo que me amáis con amor verdadero, y que me seréis fiel; en modo alguno quiero dudar de ello, y limito mi inquietud a

preocuparme por las críticas que puedan hacerme.

VALERIO.—Mas ¿por qué esa inquietud?

ELISA.—Nada tendría que temer si todo el mundo os viese con los ojos con que yo os veo, que encuentro en vuestra persona razones suficientes para hacer las cosas que hago por vos. En su defensa, mi corazón cuenta con todo vuestro mérito, ayudado y sostenido por la gratitud con que el Cielo me liga a vos. A toda hora recuerdo el espantoso peligro que empezó por hacernos blanco de las miradas uno del otro; aquella sorprendente generosidad que os hizo arriesgar vuestra vida para arrebatarme la mía al furor de las olas; aquellos tiernos cuidados que me prodigasteis tras sacarme del agua, y los asiduos homenajes de ese ardiente amor que ni el tiempo ni las dificultades han desanimado, y que, haciéndoos olvidar padres y patria, detiene vuestros pasos en estos lugares, mantiene encubierta en ellos, en favor mío, vuestra condición, y para verme os obliga a ocupar un puesto de doméstico de mi padre. Indudablemente, todo ello produce en mí un efecto maravilloso, y basta a mis ojos para justificar el compromiso que he podido consentir; mas tal vez no baste para justificarlo ante los demás, que no estoy segura de que compartan mis sentimientos.

VALERIO.—De cuanto habéis dicho, tan sólo por mi amor pretendo merecer algo de vos; y en cuanto a los escrúpulos que sentís, vuestro propio padre se preocupa, y mucho, de justificarnos ante todo el mundo; su excesiva avaricia y la

austeridad en que vive con sus hijos podrían autorizar cosas más extrañas. Perdonadme, encantadora Elisa, si hablo así ante vos. Sabéis que, en este punto, no puede decirse nada bueno. Mas, en fin, si, como espero, puedo ver de nuevo a mis padres, no nos costará mucho volverle favorable. Aguardo noticias tuyas con impaciencia, y yo mismo iré a buscarlas si tardan en llegar.

ELISA.—¡Ay, Valerio, no os mováis de aquí, os lo suplico! Y pensad únicamente en ganaros la confianza de mi padre.

VALERIO.—Ya veis que me dedico a ello, y las hábiles complacencias que he debido emplear para introducirme en su servicio; con qué máscara de simpatía y conformidad de sentimientos me disfrazo para agradarle, y qué personaje interpreto a diario en su presencia para granjearme su afecto. He hecho en este punto progresos admirables, que veo que, para ganarse a los hombres, no hay mejor vía que adornarse a sus ojos con sus mismas inclinaciones, fingir que aceptamos sus máximas, incensar sus defectos y aplaudir lo que hacen. No hay que tener miedo a excederse en complacencias; que, por más evidente que sea la forma de engañarles, hasta los más astutos siempre resultan víctimas de los halagos; y no hay nada suficientemente insensato y ridículo que no se traguen cuando está bien sazonado de alabanzas. Con este comportamiento la sinceridad sufre algo, pero, cuando uno necesita de los hombres, hay que adaptarse a ellos; y si sólo

podemos granjeárnoslos por ese medio, no es culpa de los que adulan, sino de los que quieren ser adulados.

ELISA.—Mas ¿por qué no intentáis ganáros también el apoyo de mi hermano, por si a la sirvienta se le ocurre revelar nuestro secreto?⁷

VALERIO.—No se puede contentar al uno y al otro; el carácter del padre y el del hijo son cosas tan opuestas que es difícil concertar esas dos confianzas al mismo tiempo. Mas vos, por vuestra parte, influid en vuestro hermano, y servíos de la amistad que existe entre ambos para ponerle de parte de nuestros intereses. Ahí viene, yo me retiro. Aprovechad este rato para hablarle; y no le reveléis de nuestro asunto más que lo que os parezca oportuno.

ELISA.—No sé si tendré fuerzas para hacerle esa confidencia.

Escena II

Cleantes, Elisa

CLEANTES.—Mucho me alegro de encontraros sola, hermana mía, porque ardía en deseos de hablar con vos para confiaros un secreto.

7. A diferencia de *El Tartufo*, donde Dorina acompañaba a Mariana en calidad de *suivante*, de «dama de compañía», la avaricia de Harpagón sólo concede a Elisa la compañía de una criada, la señora Claudia. (Véase mi edición de *El Tartufo* de Austral, 2017, pág. 76, nota 41.)

ELISA.—Dispuesta estoy a oíros, hermano mío. ¿Qué tenéis que decirme?

CLEANTES.—Muchas cosas envueltas en una sola palabra: amo.

ELISA.—¿Amáis?

CLEANTES.—Sí, amo. Pero, antes de seguir adelante, sé que dependo de un padre, y que la condición de hijo me somete a sus voluntades; que no debemos empeñar nuestra palabra sin el consentimiento de quienes nos dieron la vida; que el Cielo los ha hecho dueños de nuestra voluntad, y que nos conmina a disponer de ella sólo bajo su guía, pues, al no hallarse influidos por ningún loco ardor, están en disposición de equivocarse mucho menos que nosotros, y de ver mucho mejor lo que nos conviene; que hemos de creer antes en las luces de su prudencia que en la ceguera de nuestra pasión; y que el arrebató de la juventud nos arrastra la mayoría de las veces a desagradables precipicios. Os digo todo esto, hermana mía, para que no os toméis la molestia de decírmelo; pues, en fin, mi amor no quiere escuchar nada, y os ruego que no me reprendáis.

ELISA.—¿Os habéis comprometido, hermano mío, con la que amáis?

CLEANTES.—No, mas estoy decidido; y una vez más os conmino a no aducir razones para disuadirme.

ELISA.—¿Soy, hermano mío, una persona tan rara?

CLEANTES.—No, hermana mía, pero vos no amáis: ignoráis la dulce violencia que un tierno amor causa en nuestros corazones, y temo vuestra cordura.

ELISA.—¡Ay, hermano, mejor será que no hablemos de mi cordura! ¡No hay nadie a quien no le falte una vez por lo menos en la vida! Que si os abriese mi corazón, tal vez fuese a vuestros ojos menos sensata que vos.

CLEANTES.—¡Ah! Plegue al Cielo que vuestra alma, como la mía...

ELISA.—Acabemos antes vuestro caso, y decidme quién es la que amáis.

CLEANTES.—Una joven que vive desde hace poco en este barrio, y que parece estar hecha para enamorar a cuantos la ven. La naturaleza, hermana mía, no ha creado ningún ser más adorable, y desde el momento en que la vi me sentí embelesado. Se llama Mariana y vive bajo la tutela de una anciana madre casi siempre enferma, hacia la que esa adorable hija manifiesta sentimientos de un amor que no podríais imaginar. La sirve, la compadece y la consuela con un cariño que conmovería vuestra alma. Se aplica a cuanto hace con la disposición más encantadora del mundo, y en todos sus actos se ven brillar mil gracias; una dulzura llena de atractivo, una bondad cautivadora, una honestidad adorable, una... ¡Ay, hermana mía, querría que la hubieseis visto!

ELISA.—Mucho veo ya, hermano mío, en las cosas que me decís; pues, para comprender lo que es, me basta con que la améis.

CLEANTES.—En secreto, he conseguido saber que no gozan de una posición acomodada, y que su discreta forma de vida les impide cubrir todas sus necesidades con los bienes que puedan te-

ner. Figuraos, hermana mía, la dicha que puede haber en mejorar la fortuna de la persona que uno ama; en proporcionar con habilidad alguna ayuda a las modestas necesidades de una familia virtuosa; y figuraos mi dolor al ver que, por la avaricia de un padre, me veo impotente para gozar esa dicha y hacer que brille ante esta hermosa alguna prueba de mi amor.

ELISA.—Sí, hermano mío, de sobra me figuro cuál ha de ser vuestra pena.

CLEANTES.—¡Ay, hermana mía, es mucho mayor de lo que puede imaginarse! Porque, en fin, ¿puede haber nada más cruel que esta rigurosa economía que sobre nosotros ejercen, que esta extraña sequedad en que nos hacen languidecer? ¿De qué ha de servirnos tener un patrimonio si sólo ha de llegarnos cuando ya no estemos en edad de disfrutarlo, y si ahora tengo que contraer deudas por todas partes, hasta para mantenerme, si, como vos, me veo obligado a buscar todos los días la ayuda de los usureros para poder llevar unas ropas decentes? En fin, he querido hablaros para que me ayudéis a sondear a mi padre sobre los sentimientos que me dominan; y si le veo contrario a ellos, he decidido irme a otros lugares, con esa criatura digna de amor, a gozar del destino que el Cielo quiera depararnos. Con ese propósito he mandado buscar por todas partes dinero en préstamo; y si vuestros asuntos son, hermana mía, parecidos a los míos, y ha de oponerse nuestro padre a nuestros deseos, ambos le dejaremos y nos liberaremos de esta tiranía a la que nos tiene some-

tidos desde hace tanto tiempo su insoportable avaricia.

ELISA.—Verdad es que cada día nos da más y más motivos para lamentar la muerte de nuestra madre, y que...

CLEANTES.—Oigo su voz. Alejémonos un poco para terminar nuestra confidencia; que luego uniremos nuestras fuerzas para intentar atacar la dureza de su carácter.

Escena III

Harpagón, La Flecha

HARPAGÓN.—¡Largo de aquí ahora mismo, y no me repliques! Vamos, sal pitando de mi casa, maese bribón, auténtica carne de horca.

LA FLECHA.—Nunca he visto nadie tan malvado como este maldito viejo y creo, con perdón, que tiene el diablo en el cuerpo.

HARPAGÓN.—¿Qué murmuras entre dientes?

LA FLECHA.—¿Por qué me echáis?

HARPAGÓN.—¿Y eres tú, granuja, quien me pide explicaciones? ¡Sal pitando antes de que te mueva a palos!

LA FLECHA.—¿Qué es lo que os he hecho?

HARPAGÓN.—Me has hecho que quiero que salgas.

LA FLECHA.—Vuestro hijo, mi amo, me ha ordenado esperarle.

HARPAGÓN.—Pues vete a esperararlo en la calle, y no sigas en mi casa plantado como un poste observando lo que pasa y aprovechándote de todo.

No quiero tener delante de mí un espía de mis asuntos, un traidor, cuyos malditos ojos acechan todos mis actos, devoran lo que poseo y husmean por todas partes para ver si hay algo que robar.

LA FLECHA.—¿Cómo diantre queréis que me las apañe para robaros? ¿Sois acaso un hombre robable cuando guardáis todo bajo llave y día y noche parecéis centinela?

HARPAGÓN.—Guardo bajo llave lo que me da la gana y estoy de centinela como me place. (*Aparte.*) ¡Vaya con los moscones, que se fijan en todo lo que uno hace! Tiemblo de sólo pensar que sospecha algo de mi dinero. (*En voz alta.*) ¿Serías capaz de ir por ahí haciendo correr el rumor de que tengo dinero escondido en mi casa?

LA FLECHA.—¿Tenéis dinero escondido?

HARPAGÓN.—No, bribón, no digo eso. (*Aparte.*) ¡Qué rabia! (*En voz alta.*) Pregunto si por malicia no vas haciendo correr por ahí el rumor de que lo tengo.

LA FLECHA.—¡Alto ahí! ¿Qué nos importa que lo tengáis o no, si para nosotros es lo mismo?

HARPAGÓN.—¡No te las des de listo! ¡Como te agarre, todo lo listo que eres te va a salir por las orejas! (*Levanta la mano para darle una bofetada.*) Te repito que salgas de mi casa.

LA FLECHA.—Bueno, bueno, ya me voy.

HARPAGÓN.—Espera. ¿No te llevas nada?

LA FLECHA.—¿Qué podría llevarme?

HARPAGÓN.—Ven acá, que yo vea. Enséñame las manos.

LA FLECHA.—Aquí las tenéis.

HARPAGÓN.—Las otras.⁸
LA FLECHA.—¿Las otras?
HARPAGÓN.—Sí.
LA FLECHA.—Aquí las tenéis.
HARPAGÓN.—¿No llevas nada ahí dentro?
LA FLECHA.—Vedlo vos mismo.
HARPAGÓN.—(*Palpándole los bajos de las calzas.*)⁹
Estos calzones grandes son muy apropiados para convertirse en encubridores de cosas robadas; que ya me gustaría que hubiesen ahorcado a alguno.
LA FLECHA.—¡Ay, cómo se merecería un hombre así lo que tanto teme, y cuánto me alegraría robarle!
HARPAGÓN.—¿Eh?
LA FLECHA.—¿Cómo?
HARPAGÓN.—¿Qué hablas tú de robar?
LA FLECHA.—Digo que registréis bien por todas partes para ver si os he robado.
HARPAGÓN.—Es lo que voy a hacer.

(*Registra los bolsillos de La Flecha.*)

LA FLECHA.—¡Así se lleve la peste la avaricia y los avariciosos!
HARPAGÓN.—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo?
LA FLECHA.—¿Que qué digo?

8. En la *Aulularia* de Plauto, el avaro Euclión registra a Stróbilo (IV, III), y después de haberle mostrado las dos manos, le pide ver la tercera.

9. Con *chausses* (calzas) se designa en esa época toda ropa que cubre la parte inferior del cuerpo desde la cintura.

HARPAGÓN.—Sí, ¿qué dices de avaricia y de avariciosos?

LA FLECHA.—Digo que así se lleve la peste la avaricia y los avariciosos.

HARPAGÓN.—¿A quién te refieres?

LA FLECHA.—A los avariciosos.

HARPAGÓN.—¿Y quiénes son esos avariciosos?

LA FLECHA.—Unos ruines y unos roñosos.

HARPAGÓN.—Pero ¿a quién te refieres con eso?

LA FLECHA.—¿Por qué os preocupa?

HARPAGÓN.—Me preocupo de lo que debo preocuparme.

LA FLECHA.—¿Creéis acaso que me refiero a vos?

HARPAGÓN.—Creo lo que creo; pero quiero que me digas a quién hablas cuando dices eso.

LA FLECHA.—Hablo... le hablo a mi capote.

HARPAGÓN.—Y yo podría hablarle a tus costillas.

LA FLECHA.—¿Vais a impedirme que hable mal de los avariciosos?

HARPAGÓN.—No, pero te impediré parlotear y ser insolente. Cállate.

LA FLECHA.—No estoy nombrando a nadie.

HARPAGÓN.—Si hablas, te daré una tunda.

LA FLECHA.—Quien se pica, ajos come.

HARPAGÓN.—¿Vas a callarte?

LA FLECHA.—Sí, pero muy a mi pesar.

HARPAGÓN.—¡Ja, ja!

LA FLECHA.—(*Mostrándole uno de los bolsillos de su jubón.*) Mirad, aquí hay otro bolsillo; ¿estáis satisfecho?

HARPAGÓN.—Venga, devuélvemelo sin que tenga que registrarte.

LA FLECHA.—¿Qué?

HARPAGÓN.—Lo que me has quitado.
LA FLECHA.—No os he quitado nada de nada.
HARPAGÓN.—¿Seguro?
LA FLECHA.—Seguro.
HARPAGÓN.—Adiós, y vete al diablo.
LA FLECHA.—Buena despedida es ésta.
HARPAGÓN.—Por lo menos, ¡sobre tu conciencia lo cargo! Este granuja de criado me pone enfermo, y no me divierte nada ver a ese maldito cojo.¹⁰

Escena IV

Elisa, Cleantes, Harpagón

HARPAGÓN.—En verdad que no es poco trabajo guardar en casa una gran suma de dinero; y bienaventurado aquel que tiene su hacienda bien colocada y sólo conserva en su hogar lo que precisa para sus gastos. No es poco trastorno tener que encontrar un escondrijo fiel en toda una casa; porque a mí las cajas de caudales me resultan sospechosas, y nunca me fiaré de ellas; es más, me parecen un cebo claro para ladrones, que siempre es lo primero que atacan. Sin embargo, no sé si habré hecho bien enterrando en mi jardín diez mil escudos que me devolvieron

10. La Flecha cojea, y ese defecto le hace sospechoso a ojos de Harpagón. Molière aprovecha aquí un dato real: su cuñado Béjart, que encarnó el papel de La Flecha, era inválido y cojeaba.

ayer. Diez mil escudos de oro en casa es una suma bastante...

(Aparecen el hermano y la hermana hablando en voz baja.)

¡Santo Cielo!, ¿me habré traicionado yo mismo? Llevado por mi arrebató, creo haber hablado en voz alta mientras razonaba a solas...
¿Qué pasa?

CLEANTES.—Nada, padre mío.

HARPAGÓN.—¿Hace mucho que estáis ahí?

ELISA.—Acabamos de llegar.

HARPAGÓN.—Habéis oído...

CLEANTES.—¿Qué, padre mío?

HARPAGÓN.—Vamos, ¿sabéis...?

ELISA.—¿Qué?

HARPAGÓN.—¿A qué me refiero?

CLEANTES.—No.

HARPAGÓN.—Sí, sí.

ELISA.—Perdonad, pero...

HARPAGÓN.—Ya veo que habéis oído algunas palabras. Hablaba conmigo mismo de lo difícil que es hoy encontrar dinero y decía que dichoso quien puede tener diez mil escudos en su casa.

CLEANTES.—Dudábamos en acercarnos por temor a interrumpiros.

HARPAGÓN.—Me alegra deciros esto, no fuera a ser que tomaseis las cosas del revés y os figuraseis que estaba diciendo que tengo diez mil escudos.

CLEANTES.—Nosotros no nos metemos en vuestros asuntos.

HARPAGÓN.—¡Ojalá pluguiera a Dios que tuviese diez mil escudos!

CLEANTES.—No creo...

HARPAGÓN.—Sería para mí un buen negocio.

ELISA.—Son cosas ésas que...

HARPAGÓN.—Buena falta me harían.

CLEANTES.—Creo que...

HARPAGÓN.—Y bien que me vendrían.

ELISA.—Sois...

HARPAGÓN.—Y no me quejaría, como suelo hacer, de que corren tiempos miserables.

CLEANTES.—¡Dios mío, padre! No tenéis motivo de queja, pues de todos es sabido que poseéis suficiente fortuna.

HARPAGÓN.—¿Cómo? ¿Que tengo suficiente fortuna? Quienes lo dicen, mienten. No hay nada más falso, y son unos bribones los que difunden todos esos rumores.

ELISA.—No os pongáis furioso.

HARPAGÓN.—¡Resulta sorprendente que mis propios hijos me traicionen y se conviertan en enemigos míos!

CLEANTES.—¿Es ser enemigo vuestro decir que tenéis fortuna?

HARPAGÓN.—Sí, esas palabras y los gastos que hacéis provocarán que uno de estos días vengan a mi casa a degollarme, con la idea de que estoy forrado de pistolas.¹¹

11. La moneda llamada «luis de oro» —en un lado llevaba acuñada la cabeza del monarca y su nombre— empezó a fabricarse a finales del reinado de Luis XIII y su uso se difundió ampliamente durante el de Luis XIV. Los luses

CLEANTES.—¿Qué gran gasto es el que hago yo?

HARPAGÓN.—¿Todavía lo preguntáis? ¿Hay algo más escandaloso que ese suntuoso vestuario que paseáis por toda la ciudad? Ayer reñí a vuestra hermana, pero esto es todavía peor, clama venganza al Cielo; y si os desnudasen de los pies a la cabeza, habría suficiente para una buena inversión. Os he dicho mil veces, hijo mío, que todas vuestras maneras me desagradan mucho; os dais unos aires terribles de marqués, y, para ir vestido de ese modo, es preciso que me robéis.

CLEANTES.—Pero ¿cómo podría robaros?

HARPAGÓN.—¿Y yo qué sé? ¿Cómo os las arregláis si no para mantener el tren de vida que lleváis?

CLEANTES.—¿Yo, padre mío? Me dedico al juego y, como soy muy afortunado, gasto en mí todo el dinero que gano.

HARPAGÓN.—Muy mal hecho. Si sois afortunado en el juego, deberíais aprovecharlo y colocar a un interés decente el dinero que ganáis, a fin de encontrarlo un día. Por no hablar de otras cosas, me gustaría saber para qué sirven todas esas cintas con que vais sembrado de pies a cabeza,

de oro valían al principio diez libras, luego once, y llegaron hasta las doce libras. «Cuando se habla de un luis, hay que entender la moneda de once libras [...] La fabricación de los luses de oro se decretó el 31 de marzo de 1640» (Furetière). En cuanto a la *pistola*, era una «moneda de oro extranjera batida en España y en algunos lugares de Italia. La pistola tiene ahora un valor de once libras y el peso del luis» (Furetière).

y si media docena de agujetas¹² no bastan para sostener un calzón. ¿Para qué gastar dinero en pelucas cuando se puede llevar el pelo propio, que no cuesta nada? Apostaría a que en pelucas y cintas hay veinte pistolas por lo menos; y veinte pistolas, colocadas sólo a un interés de un denario por doce,¹³ rentan al año dieciocho libras, seis sueldos y ocho denarios.

CLEANTES.—Tenéis razón.

HARPAGÓN.—Dejemos eso y hablemos de otra cosa. ¿Eh? Me parece que se hacen señas el uno al otro para robarme la bolsa. ¿Qué significan esos gestos?

ELISA.—Dudamos, mi hermano y yo, sobre quién hablará primero; porque los dos tenemos algo que deciros.

HARPAGÓN.—Y también yo tengo algo que deciros a los dos.

12. Las *agujetas* eran unos lazos, ferrados por los dos extremos para pasarlos por los ojales, que unían el calzón al jubón; se pasaban por unos ojales y uno de sus extremos estaba herrado. Los elegantes las ocultaban en medio de una inundación de cintas; mostrarlas suponía un rechazo de la moda, bien por avaricia, bien por el propio rechazo de la moda.

13. *Denier douze*: interés de un denario por cada doce prestados, es decir, un interés del 8,3 por ciento. Dado que la libra equivalía a veinte sueldos, y el sueldo doce denarios, el cálculo de Harpagón es exacto. Pero, según Furetière, la tasa fijada por el rey, en un edicto de 1665, para las rentas era el «denario por veinte», es decir, un 5 por ciento de interés. El trato que Harpagón pretende no es muy usurario, porque también por Furetière sabemos que lo habitual entre comerciantes era de un denario por ocho, es decir, algo más del 12 por ciento.

CLEANTES.—Es del matrimonio, padre mío, de lo que deseamos hablaros.

HARPAGÓN.—Y también es del matrimonio de lo que quiero hablaros.

ELISA.—¡Ah, padre!

HARPAGÓN.—¿A qué viene ese grito? ¿Es la palabra o la cosa, hija mía, lo que os da miedo?

CLEANTES.—Puede que el matrimonio nos dé miedo a los dos, por la forma en que podáis entenderlo; y tememos que nuestros sentimientos no estén de acuerdo con vuestra elección.

HARPAGÓN.—Un poco de paciencia. No os alarméis. Sé lo que a los dos os conviene, y ninguno de los dos tendrá motivos de queja en lo que pretendo hacer. Y, para empezar por algo, decidme: ¿habéis visto a una joven llamada Mariana, que vive no lejos de aquí?

CLEANTES.—Sí, padre mío.

HARPAGÓN.—¿Y vos?

ELISA.—He oído hablar de ella.

HARPAGÓN.—¿Qué os parece esa joven, hijo mío?

CLEANTES.—Una persona encantadora.

HARPAGÓN.—¿Y su fisonomía?

CLEANTES.—Muy honesta y llena de gracia.

HARPAGÓN.—¿Y su porte y sus modales?

CLEANTES.—Admirables, sin duda.

HARPAGÓN.—¿No os parece que una joven como ésa merece que se piense en ella?

CLEANTES.—Sí, padre.

HARPAGÓN.—¿Que sería un partido deseable?

CLEANTES.—Muy deseable.

HARPAGÓN.—¿Que tiene toda la apariencia de ser una buena esposa?

CLEANTES.—Desde luego.

HARPAGÓN.—¿Y que un marido estaría satisfecho con ella?

CLEANTES.—Con toda seguridad.

HARPAGÓN.—Hay un pequeño obstáculo: y es que me temo que, con ella, no han de conseguirse los bienes que podrían pretenderse.

CLEANTES.—¡Ah, padre mío! ¿Por qué pensar en los bienes cuando se trata de casarse con una persona honesta?

HARPAGÓN.—Perdonadme, perdonadme. Pero lo que hay que decir es que, si en ella no encuentra uno todos los bienes que desea, puede intentar compensarlo de otro modo.

CLEANTES.—Desde luego.

HARPAGÓN.—En fin, me satisface veros compartir mi opinión; porque su porte honesto y su dulzura han conquistado mi alma, y estoy dispuesto a casarme con ella siempre que le encuentre algunos bienes.

CLEANTES.—¿Eh?

HARPAGÓN.—¿Cómo?

CLEANTES.—¿Estáis decidido, decís...?

HARPAGÓN.—A casarme con Mariana.

CLEANTES.—¿Quién, vos? ¿Vos...?

HARPAGÓN.—Sí, yo, yo, y yo. ¿Qué significa eso?

CLEANTES.—De pronto he sentido un mareo, y me retiro.

HARPAGÓN.—No será nada. Id a la cocina y bebed un gran vaso de agua clara. ¡Vaya con los donceles delicaduchos, que tienen menos vigor que las gallinas! Bueno, hija, eso es lo que he decidido para mí. En cuanto a tu hermano, le

tengo preparada cierta viuda de la que han venido a hablarme esta mañana; y a ti, te entrego al señor Anselmo.

ELISA.—¿Al señor Anselmo?

HARPAGÓN.—Sí, un hombre maduro, prudente y sensato, que no tiene más de cincuenta años y de cuya gran fortuna todo el mundo habla.

ELISA.—(*Haciendo una reverencia.*) Si os place, padre mío, no quiero casarme.

HARPAGÓN.—(*Remedando la reverencia.*) Y yo, hijita querida, si os place, quiero que os caséis.

ELISA.—(*Haciendo otra vez la reverencia.*) Os pido perdón, padre mío.

HARPAGÓN.—(*Remedando a Elisa.*) Os pido perdón, hija mía.

ELISA.—Soy la humildísima esclava del señor Anselmo; pero, con vuestro permiso, no me casaré con él.

HARPAGÓN.—Soy vuestro humildísimo criado, pero (*remedando a Elisa*), con vuestro permiso, os prometeréis con él esta misma noche.

ELISA.—¿Esta noche?

HARPAGÓN.—Esta noche.

ELISA.—(*Haciendo de nuevo la reverencia.*) No habrá de ser, padre mío.

HARPAGÓN.—(*Remedando a Elisa.*) Habrá de ser, hija mía.

ELISA.—No.

HARPAGÓN.—Sí.

ELISA.—Os digo que no.

HARPAGÓN.—Y yo os digo que sí.

ELISA.—A eso sí que no me someteréis.

HARPAGÓN.—A eso sí que os someteré.

ELISA.—Antes me mataré que casarme con semejante marido.

HARPAGÓN.—No te matarás, y te casarás con él. Pero ¡habrase visto audacia! ¿De cuándo acá habla una hija de este modo a su padre?

ELISA.—¿Y se ha visto nunca a un padre casar de este modo a su hija?

HARPAGÓN.—Es un partido del que no hay nada que decir, y apuesto que todo el mundo aprobará mi elección.

ELISA.—Y yo apuesto que no podría aprobarlo ninguna persona razonable.

HARPAGÓN.—Ahí está Valerio: ¿quieres que entre ambos le hagamos juez de este asunto?

ELISA.—Consiento en ello.

HARPAGÓN.—¿Aceptaréis su criterio?

ELISA.—Sí, pasaré por lo que él diga.

HARPAGÓN.—Entonces, trato hecho.

Escena V

Valerio, Harpagón, Elisa

HARPAGÓN.—Ven aquí, Valerio. Te hemos elegido para que nos digas quién tiene razón, si mi hija o yo.

VALERIO.—Vos, señor, sin discusión.

HARPAGÓN.—¿Sabes de qué estamos hablando?

VALERIO.—No, pero no podríais equivocaros, pues que vos sois la razón hecha persona.

HARPAGÓN.—Quiero darle esta noche por esposo a un hombre tan rico como sensato, y la muy

pícara me dice en mis narices que le importa un comino. ¿Qué te parece?

VALERIO.—¿Que qué digo yo a eso?

HARPAGÓN.—Sí.

VALERIO.—Bueno.

HARPAGÓN.—¿Qué?

VALERIO.—Digo que en el fondo soy de vuestro parecer, porque es imposible que no tengáis razón. Aunque tampoco ella se equivoca del todo, porque...

HARPAGÓN.—¿Qué dices? El señor Anselmo es un partido que merece consideración, un *gentilhombre* que es noble,¹⁴ tierno, sosegado, prudente y muy acomodado, y a quien sólo le queda un hijo de su primer matrimonio. ¿Podría ella encontrar algo mejor?

VALERIO.—Todo eso es cierto. Mas ella podría decirnos que es precipitar un poco las cosas, y que necesitaría por lo menos algún tiempo para ver si su inclinación puede avenirse con...

HARPAGÓN.—Es una ocasión que hay que coger por los pelos. Hay, además, una ventaja que yo no encontraría en otra parte, puesto que se compromete a aceptarla sin dote.

VALERIO.—¿Sin dote?

14. La burla de Molière tiene una explicación lingüística; con el término *gentilhombre* se designaba a quienes procedían de rancia stirpe, mientras *noble* designaba a quienes habían conseguido tal condición en fecha reciente. La burla puede interpretarse además en otra dirección: el padre de don Juan, por ejemplo, insiste (*Don Juan*, IV, iv) en el sentido moral de la palabra *noble*: quien ostenta ese título está obligado a unir la nobleza a la virtud.

HARPAGÓN.—Sí.

VALERIO.—¡Ah! Entonces no digo nada. Ya veis que ésa es razón completamente convincente; hay que rendirse ante ella.

HARPAGÓN.—Para mí supone un ahorro considerable.

VALERIO.—Desde luego, nadie podría negarlo. Cierro que vuestra hija puede objetaros que el matrimonio es asunto de importancia mayor de lo que se puede suponer; que le va en él la felicidad o la desdicha para toda la vida, y que un compromiso que ha de durar hasta la muerte no debe hacerse nunca si no es con grandes precauciones.

HARPAGÓN.—Sin dote.

VALERIO.—Tenéis razón: eso lo decide todo, es comprensible. Hay personas que podrían deciros que, en tales ocasiones, la inclinación de una hija es algo sin duda que debe tenerse en cuenta, y que esa gran desigualdad de edad, de carácter y de sentimientos expone al matrimonio a accidentes muy desagradables.

HARPAGÓN.—Sin dote.

VALERIO.—¡Ay! A eso no hay réplica que valga, ya lo sabemos. ¿Quién diablos podría oponerse? No porque no haya cantidad de padres que preferirían mirar por la satisfacción de su hija antes que por el dinero que habrían de dar; que no querrían sacrificarlas al interés, y que por encima de todo procurarían poner en un matrimonio esa dulce conformidad que mantiene constantemente el honor, la tranquilidad y la alegría, y que...

HARPAGÓN.—Sin dote.

VALERIO.—Es cierto: eso tapa la boca a cualquiera: *¡sin dote!* ¿Cómo es posible resistirse a semejante razón?

HARPAGÓN.—(*Mira hacia el jardín.*) ¡Vaya! Me parece oír ladrar a un perro. ¿No será que alguien trata de robarme mi dinero? No os mováis, ahora mismo vuelvo.

ELISA.—¿Os burláis, Valerio, hablándole como lo hacéis?

VALERIO.—Es para no agriarle, y para alcanzar mejor nuestro objetivo. Enfrentarse descaradamente a sus opiniones sería echarlo todo a perder, que hay mentes que sólo deben atacarse con rodeos, temperamentos enemigos de cualquier resistencia, caracteres reacios a los que la verdad ofusca, que siempre se envaran contra el camino recto de la razón y a los que sólo se lleva a donde uno quiere mediante rodeos. Fingid que accedéis a lo que desea, alcanzaréis mejor vuestros fines, y...

ELISA.—Pero ¿ese matrimonio, Valerio?

VALERIO.—Ya buscaremos alguna artimaña para desbaratarlo.

ELISA.—Mas ¿cómo nos las ingeniaremos, si debe hacerse esta noche?

VALERIO.—Hay que pedir un aplazamiento, y fingir alguna enfermedad.

ELISA.—Pero se descubrirá el engaño si llaman a los médicos.

VALERIO.—¿Os burláis? ¿Entienden algo los médicos? Vamos, vamos, con ellos podréis tener la enfermedad que os plazca; ya encontrarán razones para deciros de qué proviene.

HARPAGÓN.—Gracias a Dios, no era nada.

VALERIO.—En fin, nuestro último recurso es que la huida puede ponernos a cubierto de todo; y si vuestro enamorado, bella Elisa, es capaz de firmeza... (*Ve a Harpagón.*) Sí, es preciso que una hija obedezca a su padre. No ha de mirar cómo es un marido, y cuando viene a sumarse la gran razón de *sin dote*, debe estar dispuesta a aceptar lo que le den.

HARPAGÓN.—Bueno. ¡Eso sí que es hablar bien!

VALERIO.—Señor, os pido perdón si me irrito un poco y tengo la osadía de hablarle como lo hago.

HARPAGÓN.—¿Cómo? Estoy encantado, y quiero que te hagas cargo de ella con plenos poderes. Sí, por más que intentes huir. Le otorgo la autoridad que me da el Cielo sobre ti, y quiero que hagas cuanto él te diga.

VALERIO.—(*A Elisa.*) Y ahora, ¡a ver si os resistís a mis advertencias! Voy tras ella, señor, para continuar con las lecciones que le estaba dando.

HARPAGÓN.—Sí, me harás un gran favor. Realmente...

VALERIO.—Conviene atarla corto.

HARPAGÓN.—Eso es cierto. Hay que...

VALERIO.—No os preocupéis. Creo que lo conseguiré.

HARPAGÓN.—Hazlo, hazlo. Voy a darme una vueltecita por la ciudad, y regreso enseguida.

VALERIO.—(*Dirigiéndose a Elisa, mientras se va por donde ella ha salido.*) Sí, el dinero es lo más precioso que hay en el mundo, y vos debéis dar gracias al Cielo por el honrado padre que os ha dado. Él sabe lo que es la vida. Cuando alguien

se ofrece a tomar una joven sin dote, no hay nada más que atender. Todo se encierra en eso, y *sin dote* equivale a belleza, juventud, linaje, honor, sabiduría y probidad.

HARPAGÓN.—¡Ay, qué muchacho tan listo! Habla como un oráculo. ¡Dichoso quien puede tener un criado así!